

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



4^{TO} CONCURSO DE ELABORACIÓN DE OBRAS LITERARIAS DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

TERCER LUGAR

El bosque
encantado

Autora:
Vania Sibaja Ruiz



**Programa del Alto Impacto “Fomento de Prácticas Lectoras”
del Nivel Medio Superior**

DIRECTORIO



RECTORÍA GENERAL

Dra. Claudia Susana Gómez López

Rectora General

Dr. Salvador Hernández Castro

Secretario General

Dra. Diana del Consuelo Caldera González

Secretaria Académica

Dra. Graciela Ma. De La Luz Ruiz Aguilar

Secretaria de Gestión y Desarrollo

DIRECCIÓN DEL COLEGIO DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

Dr. Juan Antonio Sánchez Márquez

Director del Colegio del Nivel Medio Superior

Dr. Víctor Hugo González Torres

Secretario Académico del Colegio del Nivel Medio Superior

**RED UNITWIN, CÁTEDRA UNESCO EN LECTURA
Y ESCRITURA PARA AMÉRICA LATINA**

Dr. Aureliano Ortega Esquivel

*Coordinador de la Sede Principal de la Red Unitwin Cátedra Unesco, para la Lectura
y la Escritura en América Latina, Sede Principal en México-Universidad de Guanajuato*

COMITÉ FOMENTO DE PRÁCTICAS LECTORAS DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

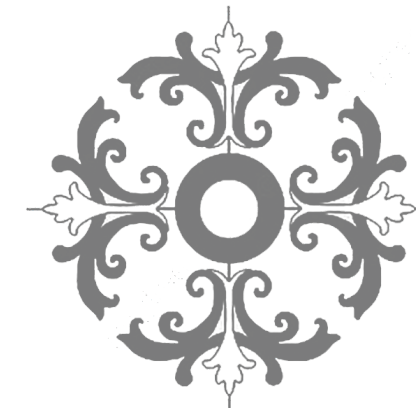
Mtro. Eduardo Guadalupe Saucedo Ortiz

*Enlace de Fomento de Prácticas Lectoras del Nivel Medio superior/Enlace Operativo del CNMS
Para La Red Unitwin/ Cátedra Unesco, para la Lectura y la Escritura en América Latina.*

REVISIÓN Y EDICIÓN

Mtra. Flor Esther Aguilera Navarrete

*Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias Sociales
y Humanidades del Campus Guanajuato. Universidad de Guanajuato
Investigadora y responsable del Proyecto Producción y Estudios Editoriales/
Prácticas Didácticas de Lectura y Escritura.*



EL BOSQUE ENCANTADO



Vania Sibaja Ruiz

¿Alguna vez has escuchado eso de que en un sueño no sientes dolor? Es de esa pregunta de donde sale la famosa frase “pellízcame para saber que no estoy soñando”. De ahí es de donde proviene la idea de que dentro de un sueño no hay nada que pueda hacerte daño. De que no hay nada que te lastime. Nada que te persiga. Pero, ¿qué pasa cuando esos sueños se vuelven pesadillas? Cuando te das cuenta de que sí puedes sufrir. Cuando comprendes que el dolor también existe en los sueños.

Eso era lo que Arthur no sabía. No lo entendía. Y es que a veces las cosas son tan extrañas que no puedes encontrarles una explicación. Mucho menos si aquel que intenta encontrarla es un niño de 11 años.

En un lugar muy lejano, existió un bosque encantado. Un bosque en el que cualquiera podía soñar. Un lugar en el que todos los niños podían jugar, volar y vivir.

Dentro de ese bosque se podían encontrar a las criaturas más mágicas que pudiesen existir: dragones, fénix, duendes, hadas. Todo aquel ser mágico que alguien pudiera imaginar.

Era un bosque encantador, con árboles tan altos que rozaban el cielo. Lagos cristalinos en donde podías observar el reflejo de las estrellas. Senderos cubiertos de flores de todo tipo: rosas, crisantemos, tulipanes. Pero las que más predominaban eran las margaritas. En aquel bosque, los sueños se hacían realidad. Era un lugar en el que nunca había nada que pudiera lastimarte, al menos no a simple vista.

Para entrar a este bosque bastaba con quedarte dormido y pensar en él. Pero, así como era fácil entrar también era fácil salir, o, mejor dicho, no volver a salir.

Aquel bosque tenía una regla. Sólo una, pero que bastaba lo suficiente como para volverse un martirio si no lograbas cumplirla.

Para Arthur, que siempre fue un niño soñador, atrevido, aventurero y fuerte, fue fácil cumplir esa regla. Pero para Theo, un niño que sonreía con la misma intensidad con la que lloraba, y que llegaba a sentirse vacío, no fue tan fácil.

Arthur y Theo se hicieron amigos una noche en la que ambos se encontraban en el mismo edificio. Para ellos fue fácil coincidir, de alguna forma ambos se entendían.

Quizás porque ambos compartían el mismo dolor. El mismo destino.

Y es que a veces solemos pensar que cuando hacemos amigos los hacemos porque nos parecemos en muchas cosas: gustos, *hobbies*, sueños. Lo que no tomamos en cuenta es que, así como podemos compartir lo bueno, también podemos compartir lo malo, lo que nos duele: inseguridades, heridas, temores.

La noche que Arthur conoció a Theo, éste acababa de cumplir los 11 años. Se encontraba vagando entre los pasillos de aquel edificio hasta que llegó a un pequeño balcón que nunca había visto antes.

Arthur, como siempre tan curioso, se acercó hasta vislumbrar al pequeño niño de pelo castaño y mirada perdida. Estaba observando las estrellas, pese a que éstas eran cubiertas por la neblina.

Theo escuchó los pasos que venían detrás, se giró con rapidez para observar a quien lo estaba espiando, pero cuando se dio cuenta de que se trataba de un niño flacucho de pelo negro regresó su vista al cielo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Arthur curioso.

—Estoy mirando las estrellas —respondió Theo.

—Pero no hay ninguna —repuso Arthur.

—¿Puedes ver tu corazón? —preguntó Theo mientras Arthur lo miraba confundido.

—No...

—¿Pero sabes que existe, verdad? Sabes que está ahí, aunque no puedas verlo. No necesitas verlo, sólo sentirlo.

—¿Tú sientes las estrellas? —preguntó Arthur con una sonrisa.

—Yo siento lo que llevo dentro.

Aquella respuesta dejó mudo a Arthur, no entendía a qué se refería Theo, pero suponía que debía ser algo serio. Arthur se acercó hasta estar al lado de Theo y elevó su vista al cielo. Theo sonrió.

Después de esa noche observando estrellas, ambos se volvieron inseparables.

Meses después de su primer encuentro fue Theo quien le habló a Arthur sobre el bosque encantado. Le explicó que su madre le había confiado ese secreto y que quería ponerlo a prueba. Le explicó la única regla que había que cumplir para entrar en el bosque. Le dijo que no podía hacerlo él solo y que necesitaba de su compañía.

Arthur quedó fascinado ante la propuesta y, por supuesto, no pudo negarse.

Esa noche ambos cerraron los ojos pensando en el bosque. En las criaturas que podrían encontrar. En las cosas que podrían hacer. En la libertad.

Arthur fue el primero en quedarse dormido. Cuando abrió los ojos ya no se encontraba en su habitación. Frente a él, el bosque encantado se alzaba con esplendor. Quedó boquiabierto cuando vio los senderos de flores y a las criaturas que corrían por ahí. Su sonrisa fue brillante y su emoción lo fue aún más.

Arthur se adentró entre los senderos del bosque mientras observaba todo con emoción y curiosidad.

Había luciérnagas iluminando el camino, porque en el bosque sólo existía la noche. Había árboles gigantescos, flores hermosas, criaturas asombrosas. Ante sus ojos estaba todo con lo que siempre había soñado.

Arthur se detuvo a mitad del sendero y empezó a observar por todos lados, esta vez no estaba apreciando el lugar sino buscando a su amigo.

—Theo

La voz de Arthur resonó en el bosque, pero no hubo ninguna respuesta.

—Theo

Volvió a llamar. Esta vez un sonido llegó hasta sus oídos; provenía del final del sendero. Arthur corrió a toda velocidad hasta llegar al final del sendero. Ahí se dio de lleno con un lago cristalino. Sus ojos brillaron con el reflejo de la luna sobre el agua.

Cuando volteó hacia un lado pudo atisbar la silueta de un niño. Era Theo.

Arthur se acercó para encontrarse con su amigo, quien se encontraba lanzando piedras hacia el lago.

—Theo.

Arthur lo tomó del hombro para que lo mirase y lo que encontró en su rostro lo hizo muy feliz.

Theo estaba llorando, pero no era por dolor, ni por tristeza. Era de felicidad. Eran lágrimas de alivio.

De pronto, Theo comenzó a reír y Arthur sonrió. Le hacía muy feliz ver a su amigo tan alegre después de tanto tiempo viéndolo triste.

Theo jaló de la mano a Arthur y ambos comenzaron a correr al lado del lago.

Sus sonrisas llenaban sus rostros y sus risas llenaron el silencio.

Esa noche por fin sintieron que sus sueños se cumplían, aunque fuera sólo por un tiempo.

Las noches pasaron y con ellas incontables aventuras. Cada noche, al cerrar los ojos, Theo y Arthur volvían al bosque. Siempre sucedía como la primera vez; Arthur aparecía en el sendero y Theo en la orilla del Lago. Arthur amaba poder correr y trepar los árboles. Adoraba poder perseguir a criaturas extrañas mientras las hojas bailaban a su alrededor.

Theo amaba sentarse junto al lago a arrojar piedritas. Adoraba sentir la brisa del aire frío en su rostro mientras las olas chocaban entre sí formando la melodía más hermosa. Ambos solían jugar juntos cada noche. A veces al escondite, otras a las atrapadas, otras a buscar el tesoro. Cada noche había un nuevo juego. Una nueva sonrisa. Una nueva aventura. Cada noche con la luna como testigo los dos niños se entregaban a ese lugar. A la libertad que representaba para ellos. A la oportunidad de vivir. Era un sueño estar ahí. Pero como todo sueño, éste debía llegar a su fin. El problema era que no esperaban que fuera tan pronto.

Una noche como muchas anteriores, Arthur y Theo se encontraban tirados bajo un árbol observando las estrellas. Ahí el cielo estaba repleto de ellas. Fue entonces cuando Theo habló y dijo algo que cambiaría su sueño para siempre:

—¿Alguna vez has tenido una pesadilla, Arthur?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Arthur confundido.

—Sólo... quería saberlo.

—Mm, creo que no, nunca he tenido alguna —respondió Arthur y Theo asintió.

—¿Y tú, Theo? ¿Alguna vez has tenido alguna pesadilla? —Theo no lo pensó ni dos segundos.

—Estar despierto es una pesadilla —Arthur no dijo nada, pero después de esa noche supo que nada sería igual.

Durante el día, ambos niños seguían su rutina. Pasaban el tiempo juntos justo como en las noches, pero con la diferencia de que siempre que estaban despiertos Theo parecía más ido. Más triste. Más adolorido.

Arthur trataba de no pensar demasiado en eso y se enfocaba en tratar de hacer reír a su amigo. Le contaba historias y chistes para sacarle una sonrisa. A veces, cuando el dolor no era tan grande, solía funcionar. Pero otras, cuando el dolor se podía hasta oler, no había nada que hiciera a Theo sonreír. Era entonces cuando Arthur esperaba con ansias que fuera de noche. Ansiaba irse a dormir para regresar a su bosque. Para poder ver bien a su amigo. Para verlo sonreír otra vez. Para verlo libre. Pero una noche, todo cambió.

Theo ya no sonreía. Ya no quería jugar con Arthur a las escondidas, ni a las atrapadas, ni a buscar el tesoro. Sólo se quedaba recostado junto al mar observando el cielo con los ojos cerrados. Sonaba raro, pero es que Theo ya se lo había dicho una vez: “No necesitas verlo, sólo sentirlo”.

Cada vez que Arthur se acercaba y le proponía algo nuevo, Theo contestaba lo mismo:

—Ahora no, Arthur, estoy cansado.

Arthur no decía nada y se marchaba de ahí en busca de una criatura a la cual perseguir o un árbol que escalar. Aunque Theo no decía nada, Arthur sabía que le estaba ocultando algo. Sabía que algo estaba pasando. Y no era algo bueno. Aunque sabía que lo mejor era dejar a Theo solo, decidió que valía la pena arriesgarse en vez de quedarse de brazos cruzados. Theo era su amigo y Arthur no lo iba a dejar solo.

Cuando Arthur llegó hasta la altura en la que se encontraba Theo, notó que éste temblaba. Era raro. En el bosque no hacía frío. Ni calor. No hacía nada. Arthur se sentó junto a Theo y esperó pacientemente hasta que él dijera algo. Pero cuando pasó demasiado tiempo supo que Theo no iba a hacerlo. No le iba a decir nada si no le preguntaba. E incluso si lo hacía, sabía que no era seguro obtener una respuesta. Aun así, decidió arriesgarse. Si algo caracterizaba a Arthur era su valentía.

—Theo —lo llamó Arthur en voz baja.

—¿Mm?

—¿Estás bien?

—¿Por qué no lo estaría?

—Porque... no te ves bien —la voz de Arthur se quebró al decir las últimas palabras y Theo abrió los ojos.

—Estoy bien —respondió Theo, pero Arthur sabía que no lo estaba.

Esperó pacientemente otros minutos esperando que Theo decidiera abrirse con él. No lo hizo. Una vez más, fue Arthur quién rompió el silencio.

—¿Qué es lo que te está pasando, Theo? —preguntó Arthur con cautela. Theo no respondió de inmediato. Y Arthur sintió un escalofrío recorrer su espalda. Después de unos momentos Theo dijo:

—No puedo con esto, Arthur.

—¿De qué estás hablando?

—De esto. De mí —Theo hizo una pausa y continuó—. Ya no puedo seguir con esto.

—No... no, claro que puedes, siempre has podido, Theo, siempre vas a poder.

—No puedo con esto... —susurró Theo en un hilo de voz.

Arthur no supo qué más decir. No encontraba las palabras. De pronto, las palabras de su padre llegaron a su mente y las recitó para su amigo:

—La vida es un sueño, Theo, aunque algunas veces parezca una pesadilla, puedes despertar y comenzar de nuevo.

Theo hizo una mueca ante las palabras de su amigo y dijo lo que tanto tiempo había estado guardando.

—No lo entiendes, Arthur —Theo miró a su amigo con los ojos llorosos y lo dijo—. Arthur, mi pesadilla es despertar.

Arthur sintió el nudo en su garganta y observó a su amigo: tenía la piel pálida, los ojos llorosos y su labio inferior temblaba. Se veía igual que cuando estaba despierto. Se veía peor. Sin previo aviso todo se volvió oscuro. La luz de la luna se apagó y las estrellas desaparecieron. Los dos niños se levantaron de prisa y observaron el caos a su alrededor. El viento soplaba con fuerza y los árboles se sacudían con rabia. El lago se movía con furia y las criaturas se escondieron.

Arthur sintió el escalofrío aún más fuerte, y cuando observó la sombra negra que estaba detrás de ellos lo entendió. Theo había rotó la única regla que existía en ese bosque.

En un instante, varias sombras negras los rodearon y posaron sus miradas penetrantes sobre el pequeño niño castaño. Theo mantenía los ojos cerrados, pero eso no impedía que sintiera la brisa helada sobre la piel. El temblor en su cuerpo. Ni la presencia de aquellos espectros. A veces, el no necesitar ver las cosas, pero poder sentir las, no es tan bueno. Eso fue lo que pensó Theo en ese momento.

Arthur estaba preocupado por Theo y por lo que fuera que estuviera pasando. Él sabía que Theo había roto la regla y ésta era la consecuencia. Aquellos seres oscuros que los rodea-

ban estaban ahí, porque Theo había sucumbido ante el miedo. La única regla en ese bosque era no tener miedo. Y Theo, estaba aterrado. No por esos seres, sino por lo que sentía. Por lo que sabía que venía.

Arthur angustiado tomó la mano de Theo con fuerza y se puso delante de él. Siempre tan valiente, siempre tan fuerte y capaz. Theo se aferró a la espalda de su amigo mientras éste intentaba pensar en algo que los sacara de ese lugar. La única forma de salir era despertando, pero no podías despertar si tenías miedo. Era como estar en una pesadilla. Cuando estás en una pesadilla el miedo te consume y no hay nada que puedas hacer para despertarte.

Arthur podía percibir el terror de Theo emanando de su cuerpo. Podía apreciar la forma en la que respiraba agitadamente. La forma en la que temblaba y apretaba los parpados con fuerza. Arthur en ese momento supo que si Theo no se alejaba de sus miedos estarían condenados.

—Theo —susurró Arthur—, Theo, tienes que calmarte, todo va a estar bien.

Theo sólo se aferró más a él.

—Theo... sé que tienes miedo, yo... yo también lo tengo —Theo abrió un poco sus ojos—. Estoy aterrado, Theo, estoy aterrado de que no volvamos a ser tú y yo. De que... te dejes consumir por el dolor.

Theo abrió los ojos despacio y miró a su amigo. Tenía lágrimas corriendo por sus mejillas. Arthur. Arthur el valiente. Arthur el fuerte. Estaba llorando. Y es que a veces puedes ser valiente, aunque las lágrimas corran por tus mejillas.

Theo sintió un dolor inmenso en su pecho, no era como los que normalmente sentía, sino uno muy diferente. Ése que sentimos cuando vemos sufrir a alguien que queremos. Ése que se instala en tu pecho para hacerte saber que no eres el único con miedo.

Theo no dijo nada. Sólo tomó del brazo a su amigo y lo acercó a él. Arthur también lo abrazó y se quedaron quietos. En silencio. Se dejaron cubrir por el miedo que sentían. Se dejaron sentir. Cerraron los ojos con fuerza y comenzaron a respirar juntos, como solían hacerlo en sus habitaciones cuando alguno estaba intranquilo. Inhalaron y exhalaban. Juntos. En un ritmo constante.

Theo colocó una mano sobre su corazón y la cerró por encima de su playera como si así pudiera apretarlo desde afuera. Arthur siguió respirando con calma. Inhalar y exhalar. Dos pasos completamente sencillos, pero también completamente difíciles. Todo siempre depende de la situación en la que te encuentres.

Después de unos minutos, la brisa calmó. El lago se arrulló. Y las sombras se alejaron. No desaparecieron. Sólo se hicieron a un lado. Sólo les dieron tiempo.

Cuando Arthur abrió los ojos y vio los de su amigo lo supo. Supo porque Theo estaba terrado. Siempre lo había sabido. Y cuando Theo miró los ojos de Arthur supo que ya lo sabía. Supo que él también se estaba muriendo de miedo. Ambos niños se quedaron de pie, uno frente al otro. Ninguno dijo nada por unos momentos. Las sombras esperaban pacientes en la orilla del mar. Esta vez, Theo rompió el silencio:

—Debo irme, Arthur.. —Arthur cerró los ojos con fuerza y trató de mantener la calma. Theo continuó—. Tengo miedo, Arthur, tengo miedo de seguir sufriendo, de... nunca ser libre.

—Pero somos libres...

—No, Arthur, tú serás libre, tú tienes una oportunidad de serlo y ambos lo sabemos, pero yo... yo no voy a serlo.

—Debe haber una forma...

—No la hay, Arthur, ya los has escuchado, no hay nada que se pueda hacer.

Arthur apretó los puños con fuerza y trató de alejar las lágrimas, pero fue imposible. Éstas ya corrían por su rostro.

—No quiero que te vayas... —dijo Arthur con la voz rota.

—Lo sé... yo tampoco quiero irme, pero debo hacerlo. No quiero estar condenado por siempre, Arthur, y tú no mereces estar condenado a mí. Eso no es justo.

—¡No es justo que te vayas! —gritó Arthur llorando. Theo se quedó callado hasta que vio algo.

—Arthur... mira...

Arthur levantó la mirada y observó lo que Theo estaba viendo. En el horizonte, el sol comenzaba a salir. Ninguno lo entendía. En el bosque siempre era de noche. Nunca había salido el sol. Ambos sabían qué significaba. Lo supieron cuando los latidos de su corazón comenzaron a desincronizarse.

—Theo... no, todavía no...

—Tranquilo, todo va a estar bien. Vas a estar bien —Arthur negó con la cabeza cuando Theo comenzó a respirar más lento—. Estoy bien, Arthur. Voy a estar bien. Voy a estar mejor.

—No te volveré a ver...

—Eso no es cierto —dijo Theo con una sonrisa nostálgica—. Recuerda: no necesitas ver las cosas para saber que están ahí. Sólo tienes que sentirlas. Aquí —apuntó a su corazón—. Y yo siempre voy a estar ahí. Siempre, Arthur.

Arthur no dijo nada más. Sólo se lanzó hacia los brazos de su amigo y lo apretó con fuerza mientras el sol llegaba a su punto más alto. Lo apretó con fuerza mientras las lágrimas caían por su rostro.

—Gracias...

Y con el último susurró de Theo. Con el último latido de su corazón. Arthur despertó. Los médicos se movían con rapidez hacia el cuarto número 12, donde el cuerpo de un pequeño niño castaño yacía inmóvil sobre la cama. El electrocardiograma había dejado de sonar. Beep, beep, beep, y luego nada. Los médicos se acercaron con el equipo necesario para realizar la reanimación cardiopulmonar.

—¡Despejen! —gritó un doctor.

Nada.

—¡¡Despejen!! —gritó de nuevo.

Otra vez nada. Y después del cuarto intento se rindieron. Un doctor entró para tomar nota del registro.

—Paciente 234, Theo Nichols, hora de fallecimiento 9:17 a.m. Sufrió un paro cardíaco por una enfermedad coronaria —informó.

Afuera de la habitación, sus padres sollozaban la muerte de su hijo. Se abrazaron con fuerza mientras los médicos les daban sus condolencias.

En la habitación de al lado, un niño pelinegro yacía acostado observando el techo. Las lágrimas caían por sus mejillas, pero él no hacía ningún ruido. No gritó. No sollozó. Sólo se quedó quieto observando el techo. Cerró los ojos y lo sintió. En su corazón. Lo sintió cerca. Sintió a Theo.

Esa noche Arthur no fue al bosque, ni a la siguiente, ni a la siguiente de la siguiente. En realidad, nunca más volvió a ir al bosque. Sentía que era un lugar que les pertenecía a ambos. Y si uno no estaba, él otro no entraba. Al menos así lo veía Arthur. En lugar de ir al bosque antes de acostarse se acercaba al balcón a observar las estrellas, aun cuando la neblina las cubriera. Elevaba la vista al cielo y sonreía. Porque quienes se nos adelantaron en el camino nunca se han ido; les gusta esconderse, en la música, en las calles, en los sueños, en los recuerdos...

Y a Theo. A Theo le gustaba esconderse en las estrellas. Arthur lo sabía. Por eso cada noche salía al balcón. Y cuando una estrella se iluminaba más que las demás sabía que se trataba de su amigo. Porque lo podía sentir. Porque sólo con el corazón se puede ver bien, lo esencial es invisible para los ojos. Y así, con las estrellas como testigos, Arthur dijo adiós a su mejor amigo.

FIN

El bosque encantado se terminó
de editar en enero de 2026.

